

menos no es el orgullo que empuja y estimula, que á fuerza de espolear ensalza y eleva. ¡Ah, no por cierto! Si es al contrario, un humilde, un resignado. Tendrá soberbia, pero es de esa soberbia mansa, inútil, completamente estéril en el mundo.

—¿Pero él pinta, trabaja? Pues aún es tiempo, aún puede llegar, ser vuestro apoyo.

—No, no es eso lo que yo pretendo. No quiero protección, ni de mi hijo. Al hablar de redimir infamias, hablaba por él, por él mismo, por su nombre, por su porvenir que pudo volver á ser grande, alto. Y ahora ¿sabe usted en qué piensa? ¿Toda la aspiración de su vida? Casarse con una profesora de piano, con una mujer trabajadora, sin duda para que le mantenga.

—¿Es posible, Leonor?

—Pregúnteselo usted á la profesora de sus nietas.

—¿Guillermina?

—Esa.

—¡Pobre criatura!

—¿De quién habla usted ahora? ¿A quién compadece? Supongo que... no será á mi Esteban.

—Acaso usted se equivoque; es decir, acaso sean puros sus móviles. ¿No pudo buscar más arriba? ¿Acaso un Aliaga, un Urbina hubiera sido un advenedizo cualquiera, un vulgar atrapador de dotes?

—Ahí duele; ahí salía á flor de piel su orgullo, no el fuerte, el que se abre paso arriba, el que vence, sino el otro, con el que es vencido. Una cosa es buscar posición y otra buscar acomodo.

En este momento por los abiertos balcones del palacio comenzó á caer sobre el jardín una melodía tocada al piano. Las dos señoras interrumpieron su diálogo y escucharon. Poco después Alma asomóse á un balcón llamando á mamá Dolores con su voz fresca, dulce, mimosa.

CAPÍTULO VI

Pocas tardes pasaron después de aquella tarde, cuando la marquesa del Sagrario le dijo á la profesora de sus nietas:

—Guillermina, ¿podría usted decir á ese muchacho pintor, vecino de ustedes, que yo deseo hablar con él; que tengo algunas cosas que encargarle? Podríamos entendernos, convenir en algo. Supongo que, como artista que comienza, admitirá encargos. Además, si, como usted dice, es pobre...

La de Torrecilla oyó con ojos muy abiertos las palabras de la noble dama; no parecía sino que sus palabras, en vez de penetrar por los oídos, se las sorbían aquellas miradas.

—Hoy mismo lo sabrá; sí, señora, es amigo nuestro. Precisamente hace cuatro ó cinco días fué por primera vez de visita á casa. Es digno de toda protección y es digno de toda lástima; dice mi padre que revela en todos los rasgos faciales ser hombre de voluntad extraordinaria y que hoy en el mundo lo que impera y triunfa no es la bondad, no es la inteligencia, es la firmeza del carácter. Yo creo que nuestro vecino es un carácter.

—Pues nada, nada, que venga por aquí; ya ardo yo en deseos de conocer ese carácter.

—Ya lo creo que vendrá; vendrá volando. Y estoy segura de que encuentra usted en él algo..., algo... No sé cómo decirlo: algo extraño, porte de señorío, aires de príncipe destronado. ¡Qué sé yo! El vendrá; usted ha de verle. Es un poquito orgulloso; eso sí; pero está muy bien educado.

—Dígale que aquí me halla á todas horas; ya sabe usted que yo no salgo jamás de casa.

—Así se lo diré.

Y después de esto Guillermina bajó á saltitos las escaleras, atravesó más de prisa que nunca el zaguán amplio; se olvidó de

dar, como acostumbraba, las buenas tardes al portero. Al hallarse en la calle parecía vacilar en el rumbo, pero lo fijó pronto, encaminándose á las Vistillas. Una alegría inmensa le daba impulso; parecía sentir en torno suyo aleteo de felicidad; iba de calle en calle sin noción clara de los lugares recorridos. Al desembocar en el amplio rellano vió de frente la crestería de la sierra que comenzaba á teñirse del azul de la tarde; y al verla parecióle que desbordaba de su alma un sentimiento efusivo. Detúvose un momento, contó uno por uno los altos picos de aquella cordillera, pareciéndole que conforme los contaba iba saltando de cumbre en cumbre; llegó á sentir la impresión de hallarse en las alturas de *Siete Picos*; su frente rozaba los blancos vellones de las nubes que sobre la cordillera se cernían pesados; su mirada se hundía en la llamarada roja del sol poniente; á sus pies el ancho paisaje celado por la calmosa bruma. Fué un momento de visión radiante, deslumbradora.

Subió de dos en dos los escalones; pasó de largo por delante de la puerta de su casa y se detuvo al llegar al estudio de Esteban. Quiso llamar, pero no se atrevía. No; era temeridad, imprudencia. Ella no llamaba; le diría por medio de su hermano que bajase..., que un recado urgente...; pero la mano íbase voluntariosa al roído cordón de la campanilla. Estando en estas dudas se abrió la puerta y aparecieron en ella Aliaga y el ciego.

El pintor, al ver allí á su novia, quedóse suspenso. Ella con serenidad y aplomo exclamó:

—Antolín, venía á buscarte.

—Pase usted, señora—dijo el artista con cómica reverencia.—
Nunca más honrado mi taller.

—No paso, no paso.

—Sí, mujer—dijo el ciego,—entra y verás qué obra.

—Asomarme; nada más que asomarme.

—Pues eso—respondió Aliaga,—asomarse siquiera.

Y acercándose á Guillermina, añadió con voz de caricia amorosa:

—Nunca entraste en mi taller; será el palacio de nuestros sueños.



El pintor, al ver allí á su novia, quedóse suspenso

—¡Cursi!—exclamó la niña al mismo tiempo que se colaba de rondón por el estudio adentro.

Al principio no reparó en nada, ni vió nada, sino el taller mismo. Encantóle la amplitud de aquel cuartón inmenso, de altas paredes, de ventanal cuadrado que se abría luminoso como pared transparente á cuyo través se veía el cielo, radiante, azul, tranquilo. Desde mitad del panel caía hasta el suelo una cortina azul, de manera que toda la claridad venía de la altura, cayendo suave, tibiamente cernida sobre la cuadrada estancia. Guillermina dió allí dentro alocadas vueltas; iba y venía como pájaro aturdido; tan pronto se fijaba en un cuadro como reparaba con curiosidad en un mueble.

—¿Sabe usted, Aliaga, que todo esto está muy sucio? Aquí hace falta plumero, y estropajo, y jabón y agua. Son ustedes unos grandísimos sucios. Yo me sentaría un momento; pero, la verdad sea dicha, no tengo ganas de mancharme.

Esteban acudió presuroso á reparar aquel leve inconveniente: con su mismo pañuelo sacudió el polvo del diván que en un rincón, frente á la ventana, estaba.

—No, no—dijo la de Torrecilla,—¡si no me siento, si no quiero sentarme!

Esteban, sin desplegar los labios, cogió las manos de Guillermina, empujóla suavemente, obligóla á sentarse. Ella no protestó, no dijo tampoco una palabra.

Hacia ya largo espacio que estaba sentada cuando, acordándose de su hermano, le dijo que viniera cerca; tenían que hablar los tres juntos, resolver asuntos graves, de extraordinaria trascendencia.

El pintor y el ciego se acercaron á la niña; ésta había puesto en sus palabras un tono de gravedad tan profunda, que los dos hombres escucharon ansiosos. Antolín conoció en la voz de su hermana que aquello era asunto serio, trascendental, inesperado.

En el estudio reinaba el silencio; en el recuadro del ventanal veíase la mancha fina del cielo, teñido ya por lívido tono de luz violada. En aquel taller había pocos muebles, y éstos viejos, patiocojos y sucios. Llenaban el aire olores vinagrosos de barniz y

pintura. Un par de cuadros á medio pintar, en los caballetes, por mitad del estudio, daban idea de un trabajo perezoso y lento.

—Aquí donde me veis, soy la Fortuna que penetra sin más ni más en el taller del artista desdeñado, del artista pobre. Sí, soy la fortuna, soy el porvenir soñado, la gloria apetecida...

Los dos hombres callaban. Esteban, sentado ante ella, la miraba impasible; su mirar era de incrédulo...

Guillermina siguió hablando:

—¿No me decís nada? ¿No os interesa la noticia que traigo?.. ¿No?.. Pues andando; Antolín, andando. Aquí estamos de más. A casita, Antolín, hermano mío, vámonos á casa.

Y diciéndolo parecía dispuesta á hacerlo; con rapidez alada se puso en pie, empujó á su hermano para que la siguiera. Pero Aliaga la detuvo; cogiéndola otra vez, volvió á sentarla en el diván.

—Habla, Guillermina—dijo Antolín.

—Hablaré. La señora marquesa del Sagrario quiere que aportes por allí mañana mismo. ¿Entiende usted? Mañana mismo... Señores: parece como si no hubiera dicho nada. ¿Será menester que lo repita?

—No, no lo repitas. La del Sagrario...

—Eso; mañana mismo.

—¿Y sabes tú qué es lo que quiere esa señora?

—Un encarguito; tal vez algún retrato

—¿De las niñas?—preguntó Esteban con una sonrisa de hielo entre los labios.

—¿Te burlas acaso?

—Tal vez hay una burla en todo esto.

Y volviéndose hacia el ciego añadió:

—Lo había presentido; á Antolín se lo dije.

Antolín permaneció con la cabeza baja, sin desplegar los labios. Guillermina, puesta en pie, con ceño terrible, con voz airada gritó

—¿Qué quieres decir, Esteban? Habla pronto, habla claro.

—¿Sabes tú para qué quieren que yo vaya? ¿Sabes tú lo que pretenden?..

Y de repente, cambiando el tono de sus palabras, con firmeza y aplomo, sin dar espacio á la respuesta de su novia, añadió:

—Mañana mismo... ¿Te señaló hora?

—¿Qué puede haber en esto? ¿Qué recelas, qué sospechas? Dime lo que temes; dimelo, Esteban.

—Iré, iré; mañana mismo.

—¿Pero qué tienes? ¿Qué mal hay en esto?

—No es nada; tranquilízate. Te juro que no será nada.

—Me da miedo oírte. Estás pálido; tus manos tiemblan.

—Lo que no les perdono es que se hayan valido de ti misma para atraerme, para llamarme.

—Te aseguro que la marquesa quiere hacerte un encargo.

—Lo que quiere es separarnos. Detrás de todo esto veo la mano de mi madre.

Aliaga se había puesto en pie. A la luz tibia, crepuscular, que tamizaba la cristalería del panel, veíasele con su rostro de frialdad enérgica, con su gesto de soberbia desbordada. Sus ojos no destellaban ira; en pugna con la saña de sus palabras, permanecían serenos, inalterables. Dirigióse hacia el ciego, acercóse á él, puso las manos sobre los hombros.

—¿No lo dije yo, Antolín? Pues ahí lo tienes; los conozco. Mañana nos veremos; mañana, mañana...

Y repitió muchas veces la palabra paseándose por el amplio taller con paso firme, mesurado.

Guillermina, entre tanto, permaneció sentada, mirando fijamente á Esteban en sus paseos.

El ciego fué el que cortó resueltamente la perplejidad ansiosa.

—Oye, Esteban: ¿sabes lo que pienso? Debes ir, presentarte con mucha sencillez, con mucha humildad, haciendo papel de artista modesto, pobretón, de los que viven lampando por los encargos. Y admites el encargo, sin regatear, por supuesto; no se regatean las limosnas... Al contrario: coges la mano que te la da y la besas, ó mejor todavía, la lames. ¡Quién sabe! El arte fué siempre el gran mendigo. Lo demás no importa. ¿Acaso á mi hermana no le dan todos los meses una limosna en forma de paga?

—Antolín, ¿qué estás diciendo?—prorrumpió con ira la pianista.

—Digo que todos somos iguales. No humilla la limosna si nosotros no queremos humillarnos. ¿Veis las bandas de ciegos que tocan por la calle? Los cuartos que les tiran, ¿qué son? ¿Limosna ó paga?.. Humíllate, Esteban; bájate á coger los cuartos. Por algo se besan las limosnas. Veo que os incomodáis por nada, por cosas que no valen la pena; por el nombre que hemos de dar á un puñado de cuartos.

—Pero, ¿qué está diciendo este hombre? Antolín, no te comprendo, quisiera que hablastes con mucha claridad, sin valerte de hipócritas circunloquios—le dijo Aliaga plantándose ante él.

—Déjale—clamó la de Torrecilla,—ni sabe lo que dice.

—Digo—bramó el ciego puesto en pie, iracundo, terrible, agitando convulso los puños,—digo que todos vais buscando la ruina de la limosna sin tener el valor que yo tengo. Queréis llamaros artistas y sois mendigos, pordioseros miserables. Yo no; yo pido limosna cara á cara y la pido como debe pedirse: por el amor de Dios.

—¿Que tú pides?—le preguntó ansiosa Guillermina acercándose á él; tan cerca estaba, que Antolín sintió su aliento en el rostro. —¿Cuándo pediste tú? ¿En dónde?

Antolín apartóse lentamente de su hermana, y cuando se consideró bastante lejos, metiendo la mano en un bolsillo, extrajo de él unas monedas. Presentólas en alto, y radiando su faz el íntimo regodeo del alma, con feroz sonrisa, revolviéndose en sus cuencas los globos de ópalo, con palidez intensa, gritó en son de triunfo, como bestial alarido, desgarrado y seco:

—¡Mira, mira, mira! Es mío, es mío.

Y enseñaba las monedas apretándolas duramente, receloso, entre sus dedos, como fierecilla que defiende entre los dientes su presa.

—Mira. ¿Cómo se llama esto? Decidme, artistas, ¿cómo se llama esto? ¿Limosna ó paga?

—¿Quién te dió eso?—le preguntó Guillermina.

Y el ciego, sin bajar el brazo, ostentando unas cuantas monedas, respondió:

—Me lo gané yo entre ayer y hoy á la puerta de San Francisco. Mira, mira bien; aquí hay una peseta. La conocí en cuanto cayó en la palma de mi mano. Mírala, ¿verdad que reluce? ¡Santa, santísima limosna, maná de los desgraciados, rocío del cielo, manantial de amor, fuente de caridad, que Dios te bendiga!

Y á cada frase de esta letanía, recitada por el ciego en dulce tono místico, besaba con unción las monedas; sus besos restallaban como ósculos de enamorado, parecía en sus manos aquel dinero algo sagrado, figurábase que aquellas monedas no eran de las que en el mundo sirven para el comercio humano, sino fabricadas para el servicio divino de la caridad.

Entre beso y beso, siguió hablando:

—Pues aún me dieron más, muchas más, pero yo repartí entre mis compañeros los de la pobretería de San Francisco; yo también quise darme el placer de ser caritativo, dar limosna de limosnas. Ya me quieren, ya me abren sitio. Pero al principio no me querían aquellos pobres, me empujaban; esto fué lo peor de todo; tuve que luchar con ellos; á uno tuve que darle un puñetazo para que no se pusiese delante. No importa. ¿Acaso en todas partes no ocurre lo mismo? ¿Acaso la vida no es lo mismo para todos? A puñetazo, sí, señor; á puñetazo limpio.

En un rincón del estudio oyóse un sollozo. Antolín hizo alto en su charla. El sollozo volvió á repetirse más ahogado, más doliente.

—¿Quién llora? ¿Eres tú, Guillermina?

Era Guillermina. Acurrucada en el diván, casi hundido el busto entre las rodillas, tapándose con las manos el rostro, lloraba con amargura y desconsuelo de dolor hondo. Esteban, acercándose á ella, quiso tranquilizarla, primero con frases fríamente amorosas, después intentó incorporarla; pero la Torrecilla seguía en su llanto. Entonces fué el ciego quien, acercándose, le dijo:

—¿Lloré yo cuando tú abandonaste la idea, la santa idea, la idea grande de ser artista y correr el mundo? ¿Qué quieres que yo

haga? ¡Si á mí nadie me quiere! Yo soy un estorbo, soy uno de esos trastos que no sirven para nada y poco á poco se los va arrinconando, y de rincón en rincón, acaban en la buhardilla. ¿Deshonra la limosna? Pues entonces, ¿por qué dais limosna?, ¿por qué deshonráis á nadie?

Hablaba con exaltación creciente, con arrebató de transporte místico y á la vez con bravía firmeza de perseverar en el humilde oficio de pordiosero. Porque, si no, ¿qué oficio iba á ser el suyo? ¿Él para qué servía? Todos iban desertando de la pureza de la idea, del arte por el arte. Primero fué Guillermina, convirtiéndose en profesora; después, mañana mismo, iba á ser el desertor Esteban, que ya se ablandaba al olorillo de unos cuantos retratos. Eran unos hambrones indecentes, sin valor personal para no entregarse á la ruindad de la vida.

—Sois mercaderes de vuestros ideales—deciales con rabia el ciego.

Aliaga se dirigió hacia él, poniéndole las manos sobre los hombros, clavándole la mirada en las pupilas blanquecinas.

—¿Quién te dijo á ti que yo me vendo?—le preguntó con voz enérgica.—Lo que ellos quieren es otra cosa; me llaman porque mi madre les dijo que me llamasen.

—Tu madre—exclamó débilmente Guillermina, levantando de pronto la cabeza—estuvo en casa de la Sagrario hace unos días; comió con ella; cuando yo fui á la tarde, me dijeron las discípulas que una señora quería oirme tocar el piano, y entonces entró esta señora, tu madre, Esteban, que me miró con mirada terrible, llena de odio, sí, sí, llena de odio; me hacía daño aquella mirada. Y yo dije que no, señor, que no tocaba; pero después me arrepentí, me arrepentí muy pronto, y creo que toqué como no he tocado nunca. Tu madre impasible, tu madre imperturbable, sin apartar de mí la vista; en cuanto acabé, ella despidióse. Gracia, Alma y Alicia me hicieron después, en cuanto marchó, muchos mimos. Yo nada les dije; ni una palabra. ¿Qué me importa á mí tu madre? Tú solo, sólo tú me importas.

Nada respondió Aliaga; sentóse pensativo, dejando errar la

vista sobre el recuadro encristalado del ventanal. La luz era cada vez más suave y más azulada; hacía un calor bochornoso allí dentro; todos los objetos se iban sumiendo en una penumbra gris; y á la vez que perdían coloración, hacíanse más poderosos los contornos y las líneas. De cuando en cuando, una ráfaga suave estremecía los cristales, haciéndolos crepitar.

La de Torrecilla, poniéndose en pie con movimiento repentino, llamó á su hermano, diciéndole que era ya hora de volver á casa, para que sus padres no riñeran si llegaban muy tarde.

—No bajes todavía; espera.

—¿Qué quieres, Esteban?

—Tenerte aquí á mi lado.

Guillermina estaba, en efecto, al lado de Esteban, otra vez sentada en el diván, los dos muy juntos. El pintor cogió entre sus manos las de Guillermina, y hablándole muy bajo, casi al oído, balbuceó:

—¡Somos muy desgraciados!

Ella le miró con tristeza; nunca le había oído aquella frase, no comprendía por qué la pronunciaba á su lado, en aquel momento en que los dos se hallaban juntos. No supo responder; quedóse vacilante, mirándole, casi interrogándole con la mirada. Esteban parecía ajeno á aquella perplejidad; como si pensase á solas, volvió á coger la idea de la desgracia.

—Sí; desgraciados, porque tiene razón tu hermano: si me entregara, yo sería un miserable; yo no puedo venderme. Lo primero de todo es mi arte.

Guillermina sintió punzadora la frase; ella misma se la repitió en voz muy queda: «lo primero de todo es mi arte.» Y luego, un poco, muy poco más alto:

—Pues para mí lo primero en el mundo es tu cariño. Sin él, ¿qué me importa el arte? Lo primero es la vida; sin cariños no se vive, sin ellos no hay arte.

Habló con pasión, como si por sus labios pasara brasa amorosa; en sus ojos, de negror intenso, había en aquel instante la quietud del éxtasis.

—¡Cómo callas, Esteban! Tú no sabes cuánto te quiero. Ya sé por qué te llamas desgraciado; tú que no te lo llamaste nunca. No, no rebajes tu arte, pinta lo que quieras y lo que sientas; vete, eso sí, mañana mismo vas á casa de la de Sagrario, y si su encargo no te place, ten valor y no le aceptes. Sigue tu camino; vive para tu arte. De la vida me ocupo yo...; sí, hombre, no te asustes: me ocuparé yo, yo sola. Daré lecciones, muchas lecciones; yo no soy artista, yo no amo el arte, yo, es á ti á quien amo sobre todas las cosas de este mundo. Verás qué vida tan bonita sabremos arreglarnos los dos juntos. Tú pintas; yo vivo. ¿Te gusta el programa?

—Eres la mujer más soñadora del mundo. ¿Tú crees que todo eso es posible?

—Yo haré que lo sea. Yo te dejo tus sueños; déjame tú los míos.

Y con movimiento brusco separándose de Esteban, buscó á su hermano.

—¡Antolín, es muy tarde! A casa.

Pero Antolín no estaba ya en el taller; deslizándose silencioso bajó la escalera y salió, como todas las tardes á aquella hora, á sentarse en el borde de las Vistillas.

Guillermina, al hallarse sola con Aliaga, sintió momentáneo estremecimiento, pensó en huir, llegó hasta la puerta del estudio; pero, antes de abrirla, volvióse con rapidez y vió á Esteban sentado en actitud serena, mirándola tranquilo, confiado siempre y seguro de sí mismo.

Sobre un taburete había una jarra llena de sucios pinceles; púsola en el suelo la de Torrecilla y fué á sentarse enfrente de su novio. Apoyó los codos en las rodillas, y metió la cara entre las palmas de las manos. Miró sonriente á Esteban; su cabellera, á la luz escasa del crepúsculo, parecía más dorada, y sus ojos eran más claros y más azules en las sombras. Guillermina se recreó mirando la hermosa cabeza de Aliaga, al mismo tiempo que decía:

—Esteban, eres un chiquillo, eres un niño mimado y lo seguirás siendo: aquí estoy yo. No me mires así, de ese modo. Vamos,

hombre, endulza un poco esa mirada; eres terrible... Pues sí, señor, yo me encargo de hacerte fácil la vida: tú eres el artista, yo no seré más que una profesora que despierta la idea del arte en almas infantiles. ¿Te gustará esto? ¿Seremos así dichosos? Pídemme para ti y para tu arte los mayores sacrificios, porque yo quiero apartar de tu camino los estorbos, dejarte fácil la senda y que triunfes. ¿No ves que tu triunfo será el mío? ¿Para qué necesito yo soñar con triunfos míos? ¡Ah, no! ¡Locura, locura! Yo no soy nada, ni valgo nada; mis sueños fueron cosas infantiles. Trabaja en tu arte, trabaja; ten en ti mismo toda la confianza que yo tengo.

El pintor miraba á la pianista con tal intensidad y fuerza, que parecía sorber gustoso sus palabras; él hubiera querido que Guillermina hablase largo tiempo, porque su charla alentadora era para Aliaga blando rumor y caricioso arrullo. Pero la de Torrecilla hizo alto y miró á Esteban con una sonrisa de bondad inefable.

—¿Y tú, Guillerma? ¿Es posible que tú renuncies?... ¿Acaso tú no eres también una artista?

—¿Yo? ¿Qué soy yo á tu lado? Yo renuncio; te digo que renuncio, que abdicó.

Dijo estas palabras con gravedad cómica, queriendo de este modo convencer á Esteban de que su abdicación no tenía valor extraordinario y que ella, en punto á música, no pasaba de ser una vulgar profesora.

—Y esto basta—decía;—con ello nos ganaremos la vida hasta que tú triunfes de las envidias, de las malquerencias, de las ruindades.

—Eso, eso—dijo Aliaga con ahinco apasionado.—Tú ya viste lo que me sucedió con el cuadro de este año. Todos en contra mía: se dieron la mano para postergarme las dos implacables enemigas de todo el que vale algo: la envidia y la rutina.

—No importa; adelante sin arredrarse, porque los rutinarios y los envidiosos son los grandes trompeteros de la fama. El laurel sagrado crece con más lozania cuando se le abona con esas pasioncillas. Los grandes artistas sois siempre unos niños; desde-

ñáis á los rutinarios y á los envidiosos, y fuera mejor tenerlos por auxiliares indispensables, por pregoneros de vuestro talento.

Aliaga se pasó la mano por la frente y después por el cabello que, como sueltas hebras de oro, caía sobre las sienes. Parecía acariciarse á sí mismo. Su novia mirábale con ansiedad amorosa, con embeleso íntimo, segura de que Aliaga era uno de los grandes artistas de este siglo. Había en su mirada adoración ardiente y fervor de humilde; comprendíase, viéndola, que el amor de Guillermina no era de los que dan alas, sino de los que aherrojan con cadenas.

Como la noche iba llenando el taller con sus sombras violadas, cada vez más densas, Guillermina se puso en pie, disponiéndose á marchar. Aliaga no intentó detenerla. Al despedirse, Guillermina arrancó al pintor la formal promesa de que iría al día siguiente á casa de la Sagrario.

—¿Irás?

—Te lo prometo.

—Y si te encargan algo...

—Lo acepto.

—¿Es verdad?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que esté muy bien pagado.

—¡Ambicioso!

—¡Si no es ambición!

—¿Será codicia?

—Tampoco.

—¿Entonces?...

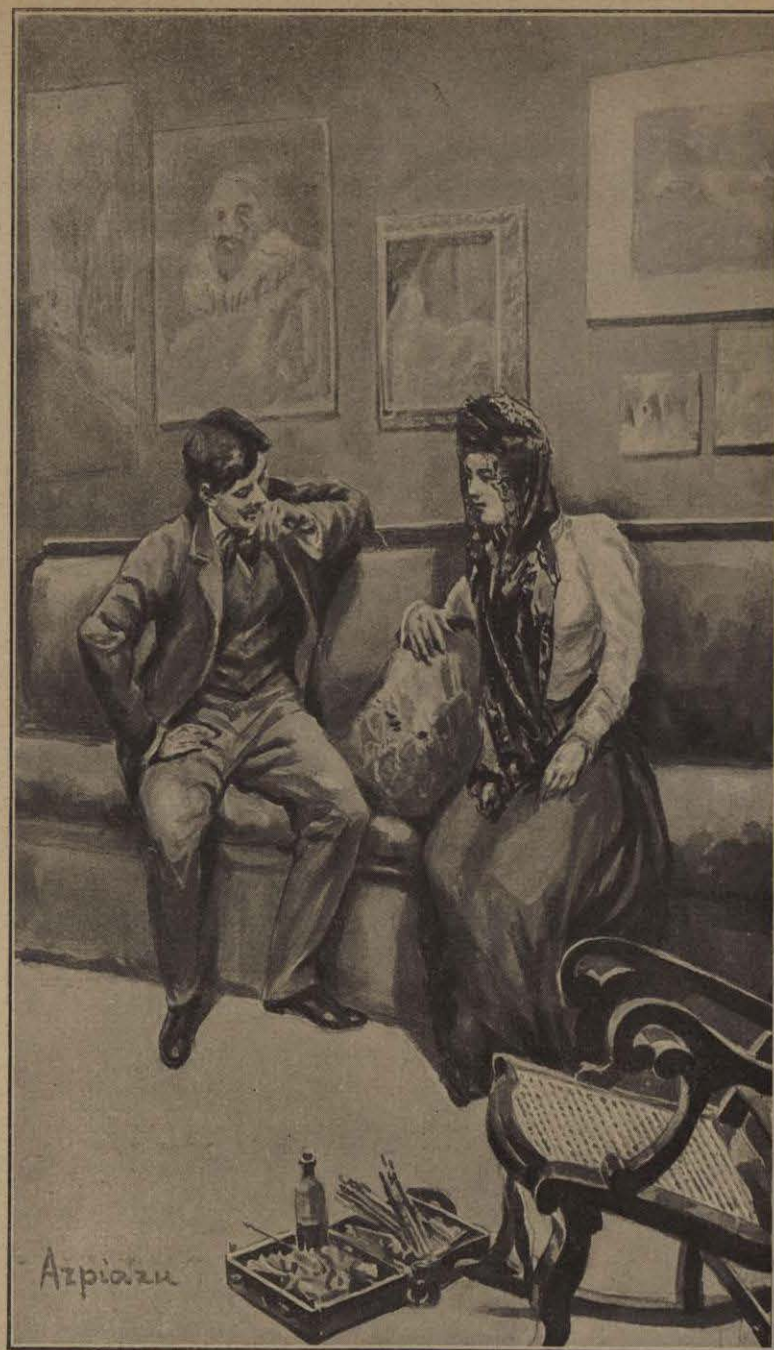
—Es hambre.

—¿Hambre?

—Sí, hambre y sed de dinero. Soy pobre, lo necesito; no puedo con la pobreza.

—Tienes razón. ¡Pobre Esteban! Tú no naciste para ser pobre: ¡tú no puedes ser pobre!

—Y lo soy, sin embargo; más que pobre, miserable. Si tú su



El pintor miraba á la pianista con tal intensidad y fuerza...

piernas..., si tú supieras la vida de miseria, de ruindad horrible, más horrible porque este rostro, esta presencia, todo, todo en mí lo desmiente, hace que sea burlona mueca de mi vida.

A la escasa luz parecióle á Guillermina que los ojos del amado fulguraban y que su rostro se teñía de un carmín suave. Sintió un dolor desconocido, una piedad tan avasalladora que borraban toda idea de recato pudoroso. Tendió sus brazos al cuello de Esteban, y casi gimiendo, murmurante, entre sollozos, con voz llena de lágrimas, con ternura desbordada:

—Yo no quiero que sufras—le dijo,—tú no puedes sufrir esas miserias. Yo te defenderé.

—¡Desgraciada! ¿Cómo puedes defenderme?

—Trabajando.

—¡Ilusión!

—No digas eso. Desde mañana mismo... No, desde ahora mismo, toda mi vida, todo mi trabajo es tuyo, es para ti, Esteban.

—Calla, calla... Hablas y hablas sin reparar que ofendes?

—¿Dónde está la ofensa? Tú también trabajarás, pero tú aquí, en tu arte.

—Y tú, ¿no soñabas también con ser artista? ¿No soñabas con gloria, con triunfos?

—¡Locuras, locuras! Soñé con el arte antes de conocerte. Desde que te conozco, tú eres mi gloria, mi triunfo, todo, todo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro; tú, tú solo. Pero con una condición, eso sí, con una condición, pintorcillo mío.

—¿Condiciones?

—Verás: el día del triunfo, en un abrazo, así, como este, me dices bajito, muy bajito, sin que lo oiga nadie, nadie más que nosotros..., me dices: «Guillerma, te amo. ¡Triunfaste!»

—Admitido.

—¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—¿Me lo dirás así?

—Así: «¡Triunfaste!»